

# Sin tiempo que perder. A toda prisa. ¡Más rápido!

JUAN CARLOS MORENO ROMO

## **Resumen:**

Ante la imposibilidad de abordar detenidamente en breves páginas el vasto problema de la aceleración, se pretende ofrecer en este artículo una especie de caleidoscopio multiforme a partir del cual focalizar una cuestión tan actual y acuciante. Quiere ser una mirada que contemple la realidad desde una serie de flancos, todos ellos importantes y complementarios, que nos ayudan a hacernos una idea del desafío de naturaleza económica, sí, pero ante todo espiritual o religiosa, cósmica y antropológica, que plantea la muy creciente y vertiginosa aceleración de nuestras vidas.

## **Palabras clave:**

Tiempo, creación, acción, nihilismo, capitalismo.

## **Abstracts:**

Considering the impossibility of addressing the vast problem of acceleration in detail in a few pages, this article aims to offer a kind of pluriform kaleidoscope from which to focus on such a current and pressing issue. It contemplates reality from a series of sides, all of them important and complementary, that help us to get an idea of the challenge of an economic nature, yes, but above all spiritual or religious, cosmic and anthropological, that is posed by the growing and vertiginous acceleration of our lives.

## **Keywords:**

Time, creation, action, nihilism, capitalism

**H**ubo un tiempo en el que la gente se daba, o se tomaba su tiempo. Empezamos por ahí, si les parece, en contraste con lo que tan atinadamente se nos invita a analizar en estas Primeras Jornadas de Filosofía del ISTIC: la cada vez más apremiante, e inquietante aceleración de nuestras vidas todas, que es algo que desde luego en estos tiempos nuestros –o ya no tan nuestros, precisamente– resulta no sólo de una gran pertinencia, sino de una verdadera urgencia, además de académica o intelectual, también o ante todo vital y espiritual.

Lo hubo y, como no todos vamos, todavía, al mismo, harto desahogado ritmo, seguramente todavía lo hay en alguna, o en más de alguna parte. La marcha del mundo es, por fortuna –la real, no la de los planes de administración o de gobierno, y de la ideología y la propaganda– de suyo desigual, e inaprehensible en toda su riqueza y su complejidad, e irreductible, *siempre*, en su singularidad. Que esto no se nos olvide nunca.

Dejemos anotada, entonces –o mínimamente señalada, si ustedes quieren para asegurarnos con ello un poco de esperanza–, la irrenunciable, y muy consoladora convicción de que seguramente en muchas partes, o en muchos recovecos o “arrabales” del mundo todavía habrá quien sepa, ahora mismo, o quien todavía pueda, o quien se las arregle, de cualquier manera, a pesar de todos los pesares, para darle tiempo al tiempo cuando a los demás, a casi todos los que de una u otra forma hemos quedado atrapados en las inextricables redes de la asaz productivista y consumista vida moderna, de pronto pareciera que nos han quitado –como si del suelo que nos nutre nos hubiesen arrancado de raíz–, nada más y nada menos que el propio tiempo de la vida.

Otrora, en un tiempo tan largo que, especialmente aquí, en Canarias, cabría catalogar como “el de toda la vida” (¡y hasta hace apenas unas cuantas décadas!), cuando la mayor parte de los seres humanos éramos todavía campesinos y el canto del gallo era nuestro reloj despertador, en unos tiempos ciertamente menos muelles que estos que ahora vivimos, cuando las duras labores del día a día, y de cada estación del año, se afrontaban con el tesón heredado de siglos y siglos de experiencia, la naturaleza misma, que a la vez que imponía su inquebrantable ritmo, imponía sus pausas también –pues así como no todos los días eran días de siembra, o de cosecha, las vacas no se podían ordeñar más de dos veces al día, ni había que preparar más alimentos de los necesarios, ni hacían falta más enseres, y ni siquiera más objetos de lujo de los que en principio se podían emplear–, no dejaba tampoco, la naturaleza o la creación, de colocarnos o ubicarnos dentro de sus justos límites.

¡Y que agradable era –y de seguro lo es todavía, insisto– el encuentro con los otros tras el tiempo de la dura labor, que en general también era compartida! ¡Y qué maestría en el esencialísimo arte de la palabra o la conversación! En las grandes y opulentas ciudades, o en los atractivos “centros” del llamado “mundo desarrollado”, en cambio, las personas tienen de pronto unas dificultades increíbles para relacionarse, y es ante todo muy notorio que ya no saben conversar.

Alexander Payne lo retrata muy bien en su película *Nebraska*, de 2013, con respecto a lo que la televisión y otras drogas por el estilo les han hecho, y les están haciendo a las familias estadounidenses, y no sólo a las familias estadounidenses, cuyos miembros ya ni entre ellos pueden hablar de tan empobrecidos que están en sus capacidades verbales o de comunicación, y de tan sometidos que están al ídolo doméstico.

Con respecto a Europa es mucho lo que yo podría decir aquí, por ejemplo, de mi experiencia personal en la universidad, y en la ciudad de Estrasburgo donde viví, o sobreviví unos cuantos años. Pero prefiero recordar lo que escribí hace tiempo –así avanzamos un poco más rápido– sobre el significativo contraste del que fui testigo una vez, en la ciudad Luz, mientras esperaba mi turno para pasar a entrevistarme con Jean-Luc Marion en su despacho del Instituto Católico de París, entre la espontánea, exuberante y festiva capacidad verbal de sus tesis africanas, y la flagrante, y pesada, e invencible taciturnidad de sus tesis europeos.

Pero volvamos al asunto de la vida de antes, y de los límites que en ella nos ofrecía la propia creación, o naturaleza. Y es el mismísimo Jean-Luc Marion quien, en el artículo titulado “Habiter notre terre”, escrito en 2020 para la revista *Communio* en conmemoración del primer lustro de la carta encíclica *Laudato si*, nos da una pista decisiva con relación al tema de nuestras Jornadas.

Durante siglos –escribe el teólogo y filósofo francés–, el hombre no ha conocido desechos, sino el ciclo de la naturaleza que se recicla absorbiendo todos sus productos. Hoy que el hombre ya no sabe lo que quiere decir “naturaleza”, y que ya no puede recurrir a ella, lo que produce se le queda en los brazos, y sucumbe bajo el exceso incontrolable del desecho<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Cfr. JEAN-LUC MARION, “Habiter notre terre”, en *Communio* XLV, 6, noviembre-diciembre de 2020, p. 64.

No, no hace falta sostener que “todo tiempo pasado fue mejor”, ni abrazar el tradicionalismo más intransigente –o el *passéisme* que dirían los franceses–, para caer en la cuenta de que a nuestro tiempo le sucede algo que no va, y que es bastante grave. Incluso creo que se podría seguir asegurando, con el *Eclesiastés* (I, 9), que no hay nada *totalmente* nuevo bajo el sol, y que también respecto de esto, tan novedoso e inédito, se puede decir que el germen, o que la amenaza misma está presente ya desde el pasado más remoto, e incluso en el origen, o el arranque mismo de la humanidad, en esa que es la tentación primera –y la falta– del “seréis como dioses” (Gen 3, 5).

Aquellos tiempos que añoramos, y que en lo del canto del gallo se remontan a hace cincuenta, o cien, lo mismo que a hace mil o veinte mil años, eran tiempos heridos, como el nuestro, por el pecado, y en los que desde luego había ambición, violencia y desmesura. Y, sin embargo, aunque no faltara, en cada época o en cada región, el azote de algún poderoso guerrero, faraón, rey o tirano, de cualquier modo, las posibilidades de esos grandes energúmenos –o de esos “semidioses”–, por muy grandes que fueran eran tales que siempre quedaba mucho fuera de sus límites, con los que por lo demás ellos mismos, tarde o temprano, acababan por topar.

El mismísimo Alejandro Magno, por ejemplo, si superando a Aquiles fue y conquistó buena parte del Asia, al igual que el héroe homérico fue detenido en su carrera por una muerte harto temprana. Sobre él se cuenta, por cierto, que, avanzando al frente de sus ejércitos, lo interpeló –en Afganistán, si no recuerdo mal– el gesto de unos inofensivos gimnosofistas que, a su paso, golpeaban el suelo con sus pies desnudos, de modo que mandó a que les preguntaran que querían decir con ello, y la respuesta de esos sabios orientales fue que el intento de tan victorioso general, hijo putativo del mismísimo Zeus, era totalmente vano pues el hombre no puede poseer, de cierto, más tierra que la que ahora mismo está bajo sus pies, o que la que le cubrirá cuando lo entierren, muerto.

Tiene el Oriente lejano, por cierto, una concepción del tiempo y de la acción humana respecto de la que conviene dar aquí, para que nuestro cuadro o nuestra exploración no queden del todo incompletos, un vistazo, rápido también. Y este puede resumirse en recordar que para ellos la vida es una especie de ensueño, o una más o menos vana, y asaz engañosa ilusión en la que precisamente es poco sabio comprometerse demasiado, o afanarse incluso en su conquista como hizo aquel joven y ambicioso guerrero macedonio.

En contraste con lo de Alejandro o lo de Aquiles viene entonces muy a propósito aquí lo que cuenta el *Mahabharata*, la gran epopeya de la India, a propósito de la guerra fratricida en la que los pandavas y los kauravas, miembros todos ellos de una misma gran familia real, se disputaron el poder. A la entrada misma de su capítulo más célebre, el *Bhagavad Gita*, que es algo así como el gran libro sapiencial del hinduismo, el príncipe Arjuna detiene su carro de guerra, conmovido ante la vista de sus queridos parientes, con los que aprendió lo que sabe o con los que jugó de niño, y a quienes no concibe la idea de tener *dar* la muerte ahora.

Te lamentas –lo reprende Krishna– por quienes no hay nada que lamentar y sin embargo te he escuchado antes palabras de cordura; recuerda que los sabios no se afligen ni por los vivos ni por los muertos. No creas que hubo un tiempo en que yo, o tú o los reyes de los hombres no existíamos, o un futuro en el que dejaremos de existir.<sup>2</sup>

La vida y la muerte, el mundo todo y sus ambiciones, sus placeres, sus glorias y sus tragedias son, para la antigua civilización de la India –y para el budismo también, que se extendió por todo el Oriente, y que ahora mismo es, en Occidente, una especie de moda espiritual–, una pura ilusión. Y lo que con toda su sabiduría rechazan, ante todo, como también hace el taoísmo, es la acción voluntaria y consciente, o plenamente abrazada y decidida.

El hombre disciplinado por el yoga –leemos en el *Bhagavad Gita*– que renuncia al fruto de sus acciones, alcanza la calma suprema; mas aquel que no conoce el yoga se encadena por obra del deseo al resultado de sus actos.

Y frente a eso lo de don Pedro Calderón de la Barca –el de *La vida es sueño*, justamente–, para quien no hay nada más real que la acción perfectamente libre y responsable; la cual es, antes incluso que el propio *cogito* cartesiano (por cierto para Descartes también, quien se reserva, ante el abismo de la duda, la posibilidad de suspender el juicio), nuestro verdadero punto de Arquímedes: la vida podrá ser, mientras no alcancemos la certeza, o la fe en un Dios bueno y veraz, una ilusión, un sueño, o una vanidad de vanidades, pero la acción del ser humano es cosa seria y, como Segismundo aprende de Clotaldo, el bien es la primera realidad, y “aun en sueños / no se pierde hacer el bien” (II, 2146 y 2147).

Borges estuvo toda su vida, como su admirado Schopenhauer, fascinado por el Oriente y por su pesimismo, y por el gnosticismo incluso, que se podría

---

<sup>2</sup> Cfr. BHAGAVAD GITA, edición de Fernando Tola, Errata naturae, Madrid, 2021, pp. 34-35.

decir que es algo así como un hinduismo radicalizado. En política se declaraba conservador, porque el asaz activo progresismo lo dejaba incrédulo o escéptico. Y, sin embargo, en lo que al tiempo se refiere, rechazó categóricamente la absurda idea, para él pitagórica, estoica y Nietzscheana –“la idea más horrible del universo”<sup>3</sup>, escribió– del eterno retorno de lo mismo. Una idea que, a juicio suyo, y de san Agustín, degradaba las dimensiones más serias y significativas de la vida humana: las despedidas, la muerte misma, la Crucifixión.

Y en un muy breve poema en prosa titulado “Doomsday” (Día del juicio) reivindica, a su manera, lo exactamente opuesto de eso que Mircea Eliade describe, precisamente en un libro titulado *El mito del eterno retorno*, como un general “terror a la historia”, o a la acción responsable e incierta, y al tiempo real entonces, o, como él dice, al “tiempo concreto”, que es un miedo o un terror del que padecerían estrictamente todas las religiones, o todas las sociedades humanas, exceptuada sólo la nuestra.

Leo el poema de Borges: Será cuando la trompeta resuene, como escribe san Juan el Teólogo. Ha sido en 1757, según el testimonio de Swedenborg. Fue en Israel cuando la loba clavó en la cruz la carne de Cristo, pero no sólo entonces. Ocurre en cada pulsación de tu sangre. No hay un instante que no pueda ser el cráter del Infierno. No hay un instante que no pueda ser el agua del Paraíso. No hay un instante que no esté cargado como un arma. En cada instante puedes ser Caín o Siddharta, la máscara o el rostro. En cada instante puede revelarte su amor Helena de Troya. En cada instante el gallo pudo haber cantado tres veces. En cada instante la clepsidra deja caer la última gota<sup>4</sup>.

El cristianismo es la religión que nos enseña, con el judaísmo, que el mundo ha sido creado por un Dios verdadero, trascendente, omnipotente y bondadoso que, por supuesto, ha hecho las cosas bien, y en serio, y responsable, y amorosamente. Es la religión de la Navidad, y la de la Crucifixión también, y de la Pascua. La religión de la encarnación, y de la *plenitud de los tiempos*, que como bien destaca Borges en el poema que acabamos de leer da toda su importancia no sólo a los hechos principales de la vida terrena de Jesús –que marcan un antes y un después incluso más significativos que el, digamos partearguas de la propia creación–, sino a todo aquí y ahora.

La presencia del Hijo del Hombre en el tiempo concreto de la historia da fe de la extrema seriedad, y la importancia, y ante todo del amor que el cre-

---

<sup>3</sup> Cfr. la página 389 del primer tomo de la edición citada de sus *Obras completas*. Estamos en el artículo “La doctrina de los ciclos” que pertenece a la *Historia de la eternidad* (1936).

<sup>4</sup> Cfr. JORGE LUIS BORGES, *Obras completas III*, Emecé, Buenos Aires, 1989, p. 549.

ador pone en su obra, y redime de ese modo a cada instante de la historia lo mismo que a cada parcela, grande o pequeña –a cada sol, digamos, lo mismo que a cada grano de arena– de su creación.

Rémi Brague también contribuyó, por cierto, con el artículo “De la nature à la creation, et retour”, al número especial que la revista *Communio* le dedicó, en su edición francesa de 2020, a la encíclica *Laudato Si*.

Si la naturaleza es creación –escribe ahí–, nosotros no somos en ella unos extranjeros caídos desde un nivel de ser superior (al estilo de la sensibilidad gnóstica), que entonces se verían forzados a arreglárselas para dominar violentamente ese medio hostil. En la naturaleza, nosotros estamos en casa. Nosotros somos incluso los legítimos locatarios y la podemos habitar entonces tranquilamente, “como buenos padres de familia”, como dicen todavía –subraya– nuestros contratos de alquiler. Y no como unos arribistas condenados a ganarse un lugar, a codazos, en donde no se los desea<sup>5</sup>.

El gnosticismo ha sido, en Occidente, primero un rival del cristianismo, frente al que su pesimismo cósmico se radicalizó, superando de ese modo al pesimismo de los orientales, y luego de su derrota un resto, y una tentación latente, y a veces una fiebre súbita, como cuando los cátaros, hasta su apoteosis de... ¿justo ahora?

Algo de gnosticismo hay, qué duda cabe, tanto en el platonismo redivivo del Renacimiento como en el pesimismo luterano. Y lo hay también, a su manera, en la Modernidad. O para ser un poco más precisos en lo que Rémi Brague denomina, en la estela de Leo Strauss, el Proyecto Moderno, esa especie de mega-utopía optimista en la que el hombre, como el hijo menor de la parábola, sintiendo que ya es mayor de edad, y teniendo demasiada prisa en gozar de ello, se las arregla para arrebatarse al Padre lo que éste ya le daba o compartía con el, amorosa y providentemente, fascinado, el por fin emancipado hombre moderno, por la idea de lo bien que se lo puede pasar, él solo y sin nadie que le dé consejos o le pida cuentas, con todas esas riquezas y con todo ese poder.

Francis Bacon es bastante claro a este respecto: si con el pecado original perdió el hombre su puesto de rey de la creación, ese mismo puesto se lo puede devolver el *novum organum*, esa especie de gnosis en la que el conocimiento, en vez de sabiduría, o de gozo contemplativo, da poder; y que consiste (in)jus-

---

<sup>5</sup> Cfr. RÉMI BRAGUE, “De la nature à la création, et retour”, *Communio* XLV, 6, noviembre-diciembre 2020, p. 37.

tamente en arrancarle a la naturaleza todos sus secretos de tal modo que, conociendo sus leyes, o su funcionamiento causal-mecánico, podamos, a la manera del mago, o del general incluso, nada menos que mandar en ella.

Recupere, por tanto, el género humano el derecho suyo sobre la naturaleza que le compete por donación divina y désele poder. La recta razón y la sana religión gobernarán su uso<sup>6</sup>.

¿Qué es lo que hay de gnóstico, y qué es lo que hay de cristiano en un párrafo como este? Que no se nos olvide que Francis Bacon es nada menos que Lord Canciller en la corte de Jacobo I de Inglaterra, a quien dedica su *Instauratio Magna*. El mismo Jacobo, hijo de María Estuardo y suegro de Federico del palatinado, el iniciador de la Guerra de los Treinta Años, y el mismísimo monarca inglés contra el que nuestro Francisco Suárez escribió su *Defensio fidei*.

Y es con Bacon con quien efectivamente dialoga Descartes, en la sexta parte de su *Discurso del método*, cuando propone que, gracias a su propio método, y a su aplicación a los problemas de física, de mecánica y hasta de medicina, en unas cuantas generaciones de científicos podríamos llegar a ser “como dueños y señores de la naturaleza” (AT VI, 62).

Y es asimismo a Bacon a quien cita Kant a la cabeza de su *Crítica de la razón pura* (que a la vez que una adaptación de la filosofía, y hasta un sacrificio de la metafísica a la agnóstica, a la vez que un tanto cuanto gnóstica teología luterana, es una defensa de la ciencia newtoniana), en un gesto que por cierto Fichte repite tal cual, en el texto fundador del idealismo alemán, y que Marx recicla, a su manera, en sus famosas *Tesis sobre Feuerbach*: el saber es poder, y al mundo lo que urge no es ni comprenderlo ni mucho menos contemplarlo, sino *transformarlo*.

La ciencia y el poder humanos –escribe el verulamio– vienen a ser lo mismo, porque el ignorar la causa nos priva del efecto. En verdad, no es posible vencer la naturaleza más que obedeciéndola y lo que en la contemplación tiene el valor de causa viene a tener en la operación el valor de la regla<sup>7</sup>.

Bacon destaca, en el *Novum organum*, el tremendo papel que en la Modernidad temprana han tenido los inventos de la imprenta, la pólvora y la brújula. “Estas tres cosas –escribe– han cambiado la faz del mundo y las condiciones de la vida humana: la primera en el campo de las letras, la segunda

<sup>6</sup> Cfr. FRANCIS BACON, *La gran restauración (Novum organum)*, Tecnos, Madrid, 2011, p. 177 (aforismo I, CXXIX).

<sup>7</sup> Cfr. op. cit., p. 57 (aforismo I, III).



en el ámbito de la guerra y la tercera en la navegación”<sup>8</sup>. Gracias al telescopio Galileo le dará el golpe de gracia, en la estela de Copérnico, Bruno y el cusano, a la esfera de las estrellas fijas, y con ella a la cosmología clásica y medieval, y acaso a la sabiduría del mundo también, subrayaría Rémi Brague.

Pero vayamos, raudos, a la máquina de vapor que, conjugada con un significativo crecimiento de la población europea, y con la disponibilidad de inmensas reservas de energía, especialmente en la Inglaterra de mediados del siglo XVIII dio pie –y también, por cierto, un poco después, en la Europa continental, y en Francia muy especialmente, además de en los Estados Unidos– a un hito importantísimo en la aceleración de las cosas humanas: la que ahora llaman, pues dice Klaus Schwab que estamos ya en la aurora de la cuarta, la “primera revolución industrial”.

Y uno de los efectos más significativos de la revolución industrial, y de cada nueva fase de ésta (el petróleo y la electricidad, la informática, la automatización...), es precisamente el aumento del poder del hombre sobre la naturaleza –Bacon puede estar feliz–, aunque ello lleve consigo –y de eso hará Marx su apocalíptico “caballo de batalla”– el aumento del poder del hombre sobre el hombre.

Las nuevas posibilidades de producción darán lugar a un muy pujante capitalismo industrial, en cuyo seno se desarrollará una nueva clase social que desplazará, más temprano que tarde, a la que hasta entonces había ejercido, gracias a la posesión de las tierras o los grandes dominios agrícolas, el poder económico y social más significativo.

“Esta es la época –escribe Juan Donoso Cortés– de los sistemas utilitarios, de las grandes expansiones del comercio, de las fiebres de la industria, de las insolencias de los ricos y de las impacencias de los pobres”<sup>9</sup>.

Y a esos nuevos, e insolentes ricos Charles Baudelaire dirigirá, en 1846, una muy aduladora carta que abre, asaz modernamente, en los siguientes términos: “Ustedes son la mayoría, número e inteligencia; –luego ustedes son la fuerza–, que es la justicia”<sup>10</sup>.

Sobre todo, se desarrollará en virtud del nuevo poder humano, la muy inusitada concentración, y la despiadada explotación –“proletarización” es su

<sup>8</sup> Cfr. op. cit., p. 176 (aforismo I, CXXI).

<sup>9</sup> Cfr. JUAN DONOSO CORTÉS, *Obras completas II*, edición de Juan Juretschke, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, MCMXLVI, p. 618.

<sup>10</sup> Cfr. CHARLES BAUDELAIRE, *Oeuvres complètes*, Gallimard, Paris, 1951, p. 597.

nombre histórico— de lo que los sociólogos y los economistas llaman, con una *contradictio in adjecto*, unas muy considerables “masas humanas”, que serán las primeras en ser devoradas por tan tremendo maelström.

Donoso Cortés y Baudelaire serán testigos —y Marx también, o, sobre todo, y Tocqueville—, en la estela de las revoluciones burguesas, del primer intento, en 1848, de una revolución proletaria. Y ni Lamartine podrá evitar el baño de sangre. “La lucha de clases, declara un Marx casi casi jubiloso, ha comenzado”. Y don Juan Donoso Cortés se espanta, y da la espalda al liberalismo, y al progresismo de su juventud, mientras que Baudelaire se amarga y se dedica a cantar o a recoger, en adelante, las contradictorias —y acaso un tanto gnósticas también— flores del mal.

Poco tiempo después, en su poema *La tragedia del hombre*, de 1861, el poeta húngaro Imre Madách hace que Luzbel le muestre a Adán, en su intento por desesperarlo, lo que ocurrirá en el Londres de la primera revolución industrial con sus más modernos y emprendedores descendientes:

Primer industrial: Esta condenada competencia me mata. Ganará el que venda más barato. Debo reducir la calidad.

Segundo industrial: ¡Son los salarios lo que hay que reducir!

Primer industrial: ¡Imposible! Esos perros de los obreros gruñen. Dicen que no tienen para comer, y hasta puede que haya algo de verdad en sus quejas. ¡Pero quién les dijo que se casaran! ¡Y qué necesidad tienen de tener hijos!

Segundo Industrial: Yo digo que hay que apretarles. Hagámoslos trabajar hasta medianoche; la otra mitad de la noche les alcanza. ¡Entre menos sueñen, mejor!<sup>11</sup>

Leemos esto, y nos convencemos de que, efectivamente, no nada hay nuevo bajo el sol. Y más lo hacemos si encontramos, en el canto XVI del propio *Bhagavad Gita*, escrito alrededor del siglo IV antes de Cristo, pero en el que se plasma una sabiduría seguramente mucho más antigua, la siguiente descripción:

Los seres demoniacos no tienen conocimiento sobre lo que hacen ni sobre lo que no hacen; desconocen por igual la pureza, la buena conducta y la verdad.

---

<sup>11</sup> Cfr. MADÁCH, IMRE, *La tragédie de l'homme* (1883), adaptation française de Jean Rousset, Corvina Budapest, Budapest, 1966, pp. 171-172.

Dicen que este mundo carece de verdad y no tiene fundamento; que carece de Dios y que no surgió de una sucesión de causas sino del mero azar.

Aferrándose a esta doctrina, Funestos para ellos mismos Y con escaso entendimiento, Nacen para la destrucción del mundo: Son seres de crueles actos y perversos.

Entregándose al deseo insaciable, henchidos de hipocresía, orgullo y vanidad, asumiendo erróneamente falsas ideas, viven dedicados a impuras actividades.

Gobernados por una inquietud que no conoce límite y que sólo termina con la muerte, teniendo como fin supremo la satisfacción de sus deseos, convencidos de que eso es todo y encadenados por los incontables lazos de la ilusión, sometidos siempre a la lujuria y a la cólera, se esfuerzan con medios ilícitos en amontonar riquezas para dar cumplimiento a todas sus apetencias<sup>12</sup>.

Cuando nosotros añoramos, ahora mismo que lo estamos perdiendo, ese tiempo en el que las personas podían tomarse su tiempo, no es desde luego el tiempo pagano el que añoramos, sino el tiempo pre-moderno –o pre-capitalista, o pre nihilista–, que en lo que a nosotros mismos se refiere es más bien un tiempo cristiano, o un tiempo en el que el cristianismo articuló, en torno a las verdades de la fe, a toda una civilización mundial que, a su manera, especialmente gracias a la brújula y a la navegación, aunque también a la pólvora, y, desde luego, a la imprenta, fue la primera en afectar, e incluso en acelerar, a su muy específico modo, a la historia humana.

Sólo que este punto de vista hispano y cristiano no es el que se suele presentar en los libros, en las universidades, o en la doxa dominante que, por ejemplo, suele diluir nuestra singular-plural historia en la historia de la colonización europea moderna impulsada, justamente, ya no tanto por la difusión del cristianismo, sino por la dinámica propia de la revolución industrial.

Arnold Toynbee lo vio, en la inmediata posguerra, justamente en estos mismos términos. Ahí donde la mundialización del cristianismo impulsada por España topó con las murallas infranqueables del oriente lejano, las mercancías y los cañones del Occidente capitalista fueron el ariete y el caballo de Troya que por fin forzó las puertas y logró entrar, fisurando incluso, fatalmente –s subrayarían un Marx, un Heidegger o un Derrida–, su muy propia, y muy testaruda concepción del tiempo.

---

<sup>12</sup> Cfr. BHAGAVAD GITA, ed. cit., p. 184.

Recordarán que, en pleno impacto o *shock* de la pandemia del coronavirus, cuando se hablaba sin descanso de aquella ineluctable “nueva normalidad” en la que quedaríamos todos atrapados, hubo quien propuso incluso, desde las más altas esferas de influencia global (Klaus Schwab y Thierry Malleret), nada menos que un nuevo calendario humano en el que el tiempo se dividiría en un antes y un después de esa primera epidemia de alcance efectivamente planetario.

Para una mirada radicalmente “moderna”, ilustrada y descristianizada, el verdadero parteaguas de la historia de la humanidad es el del origen de su propio poder. Antes de Ford, después de Ford, si no recuerdo mal, era como se medía el tiempo en *A brave New World*, la famosa novela distópica de Aldous Huxley. Para la inteligencia europea del último par de siglos ese parteaguas es en general el de la Ilustración, pues de una “inteligencia” se trata, y en especial el de la Revolución francesa. Así lo reclamaba, hace poco más de un siglo, el joven Ortega, y así lo señalaba hace poco, y si no recuerdo mal incluso fue en los meses del confinamiento impuesto con motivo, o con pretexto de la pandemia, Jean-Luc Nancy.

Desde un punto de vista todavía más radicalmente inmanentista, o materialista, para quienes manejan ahora mismo esa asaz poco humanista ecuación en la que la clave de todo pasa a ser la del *stock*, o la reserva de energía de la que se dispone, y en relación a la cual incluso se asegura, últimamente, que la reserva de “mano de obra barata” o de “recursos humanos” es ya prácticamente superflua, y “supernumeraria” incluso, la verdadera plenitud de los tiempos no es la de la primera venida de Nuestro Señor sino la del evangelio baconiano, justamente, la de la al parecer imparable revolución industrial, que en el discurso, ahora, de los transhumanistas, es la que generará el poder, y los recursos para la creación, humano demasiado humana, del verdadero o efectivo, e inmanente e inminente “hombre nuevo”.

Francesc Torralba, el teólogo y filósofo español recientemente galardonado con el premio Ratzinger nos ofrece, en un texto titulado “El sueño del transhumanismo y la contingencia del ser humano”, una síntesis muy útil de esa tan bizarra, no sé si utopía, la verdad, o distopía, ni sé tampoco si hay quien crea en los postulados de lo que, desde donde yo lo veo, más parece un “movimiento de opinión” artificialmente generado y sostenido que una verdadera, y medianamente seria o responsable corriente de pensamiento.

Sin someterla por su parte, como en mi opinión se impone, a una mínima hermenéutica de la sospecha –o al menos no lo suficiente, pues es verdad que

toma nota de que es “un lobby de izquierdas”–,<sup>13</sup> Francesc Torralba resume a esa tan famosa, o tan mediática o mediatizada ideología de la siguiente manera.

El nuevo Adán –escribe–, liberado de todos los males y limitaciones, representa el final de la historia. En la escatología inmanente del transhumanismo se dibuja un nuevo paraíso. No es el reino de Dios del Nuevo Testamento, pero tampoco la sociedad comunista tal y como se bosqueja en el Manifiesto de 1848. Es una comunidad de seres modificados tecnológicamente que han vencido, finalmente, el lastre de su finitud.

En un contexto cultural presidido por la muerte de Dios, el transhumanismo juega el papel de un gran relato de sustitución, en la medida en que ofrece una visión de futuro y una ilusión colectiva, la de alejar, definitivamente, la finitud de la condición humana<sup>14</sup>.

Eso es lo que supuestamente busca, entonces, ese grupo de presión, o de influencia. Pero la pregunta que se impone es para qué, con qué fin, a qué intereses sirven. Lo que Christian Laval, Francis Vergne, Pierre Clément y Guy Dreux responden al respecto, en un libro de 2011 titulado *La nueva escuela capitalista*, nos despierta del sueño Robocob, o Terminator, y nos devuelve a nuestro tema de la aceleración.

Mejorar sin cesar el “rendimiento humano” –escriben–, hacer que los individuos se superen a sí mismos sin descanso, tal es por ejemplo el objetivo último del movimiento “transhumanista” de la investigación actual. La ciencia ya no tendría entonces –subrayan– la misión de leer el mundo, sino de escribirlo, de modelarlo. La limitación capitalista se apodera de ese modo de la actividad de investigación para proponer un “*re-engineering*” de la sociedad, e incluso de la naturaleza humana. La industrialización de la producción y la reproducción de individuos ultra-productivos destinados a las empresas es el horizonte de los nuevos saberes<sup>15</sup>.

Unamuno pudo distinguir todavía, en la rezagada España de finales del siglo XIX, entre la historia y la intrahistoria. Las tempestades políticas que

---

<sup>13</sup> Cfr. FRANCESC TORRALBA, “El sueño del transhumanismo y la contingencia del ser humano”, en AAVV, *El humanismo europeo. Nuestras raíces*, Milenio, Lleida, 2018, pp. 79-101; para la referencia véase específicamente la p. 84.

<sup>14</sup> Cfr. op. cit., p. 87.

<sup>15</sup> Cfr. CHRISTIAN LAVAL, FRANCIS VERGNE, PIERRE CLÉMENT & GUY DREUX, *La nouvelle école capitaliste*, La Découverte, París, 2011, p. 76.

agitaban las altas esferas de un mundo pre, o para-moderno como el nuestro, se podían perfectamente comparar, lo mismo que el avance del ejército invencible de Alejandro, a las olas que en el mar levanta una tormenta, mientras que unos cuantos metros más abajo, en las aguas profundas, los peces, los moluscos y las algas prosiguen su posiblemente dura, pero inalterada vida normal, y ordinaria.

Los periódicos nada dicen –escribía el joven Unamuno– de la vida silenciosa de los millones de hombres sin historia que a todas horas del día y en todos los países del globo se levantan a una orden del sol y van a sus campos a proseguir la oscura y silenciosa labor cotidiana y eterna, esa labor que como la de las madreporas suboceánicas echa las bases sobre las que se alzan los islotes de la Historia<sup>16</sup>.

Como tardaron en llegarnos los efectos de la paz de Westfalia, que desde 1648 dio fin al orden teológico-político que caracterizó a la Cristiandad, y echó a andar el nuevo orden internacional, de Estados-nación soberanos e independientes, que un par de siglos más tarde reventó el imperio español, y que se extendió, tras la descolonización que se impuso a las potencias industriales europeas tras la segunda guerra mundial, así ha pasado, en muchos ámbitos de nuestras sociedades, o así pasa, todavía, con los efectos de la “plenitud de los tiempos”, o la aceleración de la vida baconiana, fordiana o tayloriana.

A la “intrahistoria” unamuniana, o al “tiempo de toda la vida”, que decíamos antes, al tiempo de los campesinos y los pueblerinos lo ha ido afectando, paulatinamente, ese tremendo torbellino de la imparable “modernización”, o de ese tan famoso “desarrollo” o “crecimiento” que lo mismo que implementó, para tener carne de cañón en la Gran Guerra, y en la todavía más grande que le siguió, con todo y su tremendo prelude español, la “movilización total”, ha concentrado cada vez más las poblaciones –y lo sigue haciendo ahora mismo, a pasos acelerados– en esas grandes megalópolis que de ciudades ya no tienen nada, o casi nada.

Jean-Claude Michéa nos explica, en su último libro, recuperando y adaptando un título de Michel Houellebecq, que estamos ante una evidente “extensión del dominio del capital”. El “capitalismo desarrollado”, sostiene ahí, el “tipo de mundo hacia el que la humanidad moderna se dirige a grandes pasos”,<sup>17</sup> es uno en el que simple y sencillamente el capitalismo sigue desple-

<sup>16</sup> Cfr. MIGUEL DE UNAMUNO, *En torno al casticismo*, Alianza, Madrid, 2017, p. 49.

<sup>17</sup> Cfr. JEAN-CLAUDE MICHÉA, *Extension du domaine du capital*, Albin Michel, Paris, 2023, p. 9.

gando sus propias potencialidades, y “deviene lo que es”, o lo que en cierto modo era ya, desde el principio.

En la esencia misma del capitalismo, nos recuerda el agudo observador y crítico francés, está el imperativo de crecimiento, o de acumulación, que lo obliga siempre a una “fuga hacia adelante”, a una *fuite en avant*: Y es asimismo conducido de un modo igualmente inexorable y bajo el aguijón de esa misma lógica de ilimitación, a tener que ahogar progresivamente “en las heladas aguas del cálculo egoísta” (según la expresión célebre de Marx) todas las otras esferas de la existencia humana, incluidas, como vemos hoy en día, las que formaban parte, hasta hoy, de lo íntimo y de la vida privada (un “progreso” evidentemente todavía inimaginable –subraya– en la época de Proudhon, de Marx o de Bakounine)<sup>18</sup>.

“La triste y fría verdad de nuestra época”, prosigue Jean-Claude Michéa, es pues esta “extensión continua del dominio del capital” de la que el “wokismo”, esa “nueva izquierda americana” que en su opinión es, en vez de ese “marxismo cultural” del que se habla en ciertos círculos católicos españoles e hispanoamericanos, más bien un “neoliberalismo cultural”<sup>19</sup>.

El dominio de la lucha, entonces, y el dominio voraz del propio capitalismo extienden sus tentáculos, ahora mismo, incluso aquí, en España, y en Europa toda, a las profundidades intrahistóricas mismas en las que veía Unamuno la estabilidad de lo que él llamaba, en su importante libro *En torno al casticismo*, la “tradición eterna”: a la vida misma campesina, o a las más cercana a la creación, o a la naturaleza.

Lo mismo que el papa Francisco, Jean-Claude Michéa (quien cuenta que entre tanto se ha mudado a un apartado pueblo francés, a diez kilómetros de la tienda más cercana) sostiene que es absurdo separar el combate por la protección de la naturaleza de la defensa de las clases populares, al lado de las cuales se ha ido pues, a los Landas, a “resistir a la aplanadora del liberalismo económico y cultural”<sup>20</sup>.

Pues bien –escribe– es precisamente el rechazo a sacar todas las consecuencias políticas de ese vínculo estructural entre la explotación capitalista de la naturaleza y la de la fuerza de trabajo humana, el que conduce el día de hoy a las facciones más “radicalizadas” –en el sentido religioso y sectario del tér-

---

<sup>18</sup> Cfr. op. cit., p. 10.

<sup>19</sup> *Ibidem*.

<sup>20</sup> Cfr. op. cit., p. 19.

mino, precisa– de las nuevas clases medias de las grandes metrópolis (esa “burguesía verde” cuyo *odio de clase* encuentra ahora en el voto Europa Ecología Los Verdes su exutorio político más apropiado) a querer erradicar totalmente –con el pretexto, y ahí está desde luego toda la ambigüedad, de una “estricta protección de la naturaleza”– todo cuanto todavía tenga que ver, de cerca o de lejos, con una práctica, una tradición, o un sentimiento *popular*<sup>21</sup>.

Y esto lo pone en paralelo con el “colonialismo verde” que ahora mismo ejercen varias ONG occidentales que por ejemplo promueven, escribe, “la expulsión metódica de los pequeños ganaderos y campesinos africanos de sus tierras de origen con el pretexto oficial de ‘proteger la naturaleza’”<sup>22</sup>.

Y todos sabemos ya, ¡cómo no saberlo!, que el mismísimo Bill Gates no duerme, preocupado como está por el tremendo daño que le hacen al planeta, no los humos de sus jets o sus empresas, sino los gases digestivos de las vacas de los pequeños granjeros, especialmente si son africanos<sup>23</sup>.

Dice Roland Gori que la proletarización se da, no sólo ni ante todo cuando se nos priva de los harto materiales medios de producción –de un par de vacas, por ejemplo, de unas cuantas gallinas, de un pequeño huerto familiar, de un taller...–, sino cuando se nos arrebatara el sentido mismo de lo que hacemos, cuando de campesinos o artesanos pasan a ser, los primeros proletarios, meros operarios de las máquinas aquellas, de vapor, y cuando, ahora mismo, de pequeños empresarios, tenderos, restauranteros, o profesionales de todo tipo, y de responsables políticos, también, o administrativos, de todo orden, pasamos a ser todos eso mismo: meros operarios de una maquinaria en la que todo queda reducido a su función económica, ella misma, por lo demás, cada vez más desmaterializada o privada de soporte o de sentido.

Contra esto lanzó Rolan Gori, el 22 de septiembre de 2008, con Stefan Chedri y algunos otros profesionistas e intelectuales franceses, Barbara Cassin y Christian Laval entre ellos, *L’Appel des appels* (o el “llamado de llamados”), que en seguida leo:

Nosotros, profesionales de la atención médica, del trabajo social, de la educación, de la justicia, de la información y de la cultura, atraemos la atención

---

<sup>21</sup> Cfr. op. cit., pp. 19-20.

<sup>22</sup> Cfr. op. cit., p. 20.

<sup>23</sup> Cfr. Bill Gates, pp. *Cómo evitar un desastre climático*, Plaza y Janés, Villatuerta, 2020, 144 y ss.



de los poderes públicos y de la opinión con respecto a las consecuencias sociales desastrosas de las Reformas precipitadamente implementadas en estos últimos tiempos.

En la universidad, en la escuela, en los servicios de atención médica y de trabajo social, en los medios de la justicia, de la información y de la cultura, el sufrimiento social no deja de crecer. Éste compromete nuestras profesiones y nuestras misiones.

En el nombre de una ideología del “hombre económico”, el poder deshace y recompone nuestras profesiones y nuestras misiones exponiendo cada vez más a los profesionales y a los usuarios a las leyes “naturales” del mercado. Esta ideología se ha revelado catastrófica –subrayan– en el propio medio de los negocios, del que surgió.

Nosotros, profesionales de la atención médica, del trabajo social, de la educación, de la justicia, de la información y de la cultura, rechazamos que una ideología como esa ponga ahora en “bancarrotada” a la atención médica, al trabajo social, a la educación, a la justicia, a la información y a la cultura.

Hacemos el llamado a una coordinación nacional de todos aquellos que rechacen esa fatalidad –cerraban–, a encontrarse el 31 de enero del 2009 en París<sup>24</sup>.

Un médico al que se le arrebatara el derecho de atender él mismo a sus pacientes –se hizo especialmente visible en el caso de la pandemia– para obligarlo a aplicar, como si de un mero robot o un obrero super especializado se tratara, un protocolo previamente preparado por no se sabe quién, en otra parte que tampoco queda claro dónde está, o a quién compete –lo mismo que un profesor, o un investigador al que en su labor se le limita cada vez más drásticamente a hacer *sólo* lo que se le pide o se le manda– es pues, por mucho que su sueldo le alcance, todavía, para mantener su relativo confort de hombre moderno, un triste proletario.

Y a pesar entonces del *benchmarking* o de la “evaluación permanente” y los “estímulos”, que nos prometen que si nos auto explotamos hasta reventar se nos pagará lo suficiente para que no sucumbamos a la pobreza de nuestros sueldos –o más bien a causa de ellos, y de su “pilotaje a distancia” del que nos volvemos meros títeres–, todos los trabajadores devenimos, antes que nos cum-

---

<sup>24</sup> Cfr. ROLAND GORI, BARBARA CASSIN y CHRISTIAN LAVAL, *L'Appel des appels. Pour une insurrection des consciences*, Mille et une nuits, Paris, 2009, p. 9.

plan lo de que en 2030 seremos felizmente pobres, desdichadamente proletarios.

Y la cosa por desgracia no se queda ahí pues, como bien señala Jean-Claude Michéa, la “extensión del dominio del capital”, o el “crecimiento” tan famoso, no conoce ciertamente ningún límite, y en su desaforado, e infinito deseo nihilista o aniquilador, ese poderoso caballero que a codazos de titán o de gigante se abre paso derrotando a la naturaleza y a la tradición, a toda tradición, está dispuesto a hacer negocio con todo: con la vida privada o los “datos” de todos los incautos que usamos, o hemos caído en “la red”, por darles un ejemplo muy abierto o conocido; pero también con la inocencia de los niños, a los que los empresarios compiten por capturar con mil objetos de consumo, muchos de ellos muy expresamente adictivos (sean éstos golosinas, comida chatarra o juguetes), y a los que, a ritmos cada vez más rápidos –y cada vez más adictivos, justamente–, y con colores de hechizo, todas esas pantallas que, por doquiera, parpadean, tratan también de apresarlos, desde la más tierna edad; o con los viejos, a los que se les exprime hasta el extremo y luego se les deja atrás, no sólo del tren de las nuevas tecnologías; y en fin, con el miedo a la pobreza, y a la muerte; o con la soledad.